



Consumidos
por el fuego Jaume
Cabré

DESTINO

Consumidos por el fuego

Jaume
Cabré

Traducción de
Concha Cardenoso Sáenz de Miera

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1527

Título original: *Consumits pel foc*

© Jaume Cabré, 2021

© Editorial Planeta, S. A. (2021)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la traducción: Concha Cardeñoso Sáenz de Miera, 2021

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 978-84-233-5923-3
Depósito legal: B. 3.582-2021
Preimpresión: Realización Planeta
Impreso por CPI (Barcelona)
Impreso en España - *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Ismael nació el día más frío del año. Era miércoles y la poca gente que circulaba por la calle a las ocho de la tarde solo pensaba en ponerse a cubierto lo antes posible. El día más frío del año y tal vez de la década. Su padre era flautista en la banda municipal y el copista profesional de partituras y partecillas de unas cuantas orquestas. Dicen que Rampal le encomendó que copiara unas cincuenta partecillas de su repertorio habitual y que gracias a eso pasaron una temporada de holgura económica. Lo dicen, pero nadie puede jurarlo sobre la Biblia. Cuando Ismael cumplió diez años, su padre todavía era flautista y copista. Un buen día le pidió que se sentara delante de él y le dijo hijo mío, has de saber que naciste del frío y que, por culpa del frío que le caló hasta los huesos, tu pobre madre y esposa mía contrajo una pulmonía que casi se la lleva al cielo. Por tu culpa.

—Pero papá... ¡Yo no lo sabía!

—No hace falta saber mucho —contestó el padre en un tono sentencioso, dándose importancia— para responsabilizarse de la desgracia ajena.

El niño, al borde de las lágrimas, se quedó reflexionando un rato; pensaba con tanta fuerza que casi se le oían los engranajes del cerebro. Y al final dijo pero mamá no murió de frío, papá.

—En eso tienes razón: no se murió de frío. Pero la afectó mucho.

—Y yo tenía nueve años cuando murió.

—¿Nueve?

—Fue el año pasado.

—¿El año pasado?

—Sí.

—Da igual; pero, desde que naciste tú, se quedó tan delicada que al final murió de todos modos. Y ten en cuenta que fue por tu culpa.

Un niño de diez años no sabe ver si su padre se está volviendo loco. Pero le dio pena y se echó a llorar. Y su padre refunfuñó sí, claro, encima ponte a llorar. ¿Qué diría esa vecinita que tanto te gusta?

—Que diga lo que quiera.

Mentira: se moriría de vergüenza si Leo lo viera llorar, o lo oyera.

A partir de esta conversación, la vida familiar fue muy ajetreada. Pasaron meses y años y un día el

padre sufrió una automutilación del dedo índice de la mano derecha que le impidió seguir tocando la flauta e incluso escribir partituras, y declaró delante del médico que lo había hecho porque estaba hasta las mismísimas narices de ese trabajo y que quería descansar. Incluso insinuó veladamente que había sido por culpa de su hijo, porque no se había deshecho de todos los cuchillos de casa. Antes de encerrarlo en un manicomio probaron si, con un trabajo muy distinto, el hombre recuperaba la cordura. A una inteligencia preclara se le ocurrió que la mejor manera de devolver la cordura a un padre era ponerlo a trabajar en una gasolinera. Y un día, cuando Ismael vivía con curiosidad el nacimiento de vello en todo el cuerpo y el descontrol de la voz, que se le llenaba de gallos inesperados, cosa que lo mortificaba si lo oía Leo, que cada día estaba más guapa, decidió presentarse en la gasolinera y, cuando su padre terminó de servir a un sediento Ford lleno de bultos que parecía querer bebérselo todo, todavía con la manguera en la mano se encogió de hombros interrogativamente y, como el chico no dijo nada, fue él mismo el que preguntó qué leches haces aquí en vez de estar en el colegio.

—No fue culpa mía.

—¿A qué te refieres?

—A la muerte de mi madre. Ni lo de tu accidente con el dedo.

—Bueno, yo no he dicho que...

—Sí lo has dicho. Me tienes manía.

—Anda, ¡vete a hacer puñetas!

—Como quieras —dijo el chico sin moverse.

—¡Vaya! ¿Ahora te haces el sabiondo?

—Papá...

—¡Anda al colegio! O te riego ahora mismo y ya verás como echas a correr.

—Papá...

El padre lo apuntó con la manguera y proyectó el chorro de gasolina hacia su hijo, que tuvo que guarecerse detrás de un Stromberg reluciente que entró en ese momento en la gasolinera. Ismael huyó sin mirar atrás, pero, después de vagar por la ciudad con los ojos llorosos, cuando volvió a casa bastante tarde se encontró con una señora muy amable que le preguntó si era Ismael; él dijo que sí, y ella, pues resulta que tu padre...

—¿Qué le pasa?

—Hemos tenido que ingresarlo.

—Está loco. Está como una cabra.

—No digas esas cosas. Está enfermo.

—Enfermo de locura. Quería quemarme vivo.

—Sí, lo sabemos. Ahora está en tratamiento y tú y yo tenemos que hablar.

—¿De qué?

—De lo que vamos a hacer contigo. De eso es de lo que tenemos...

—¿A qué se refiere?

—Pues... que no puedes vivir solo.

—Hace dos años que me ocupo de la compra y preparo la comida todos los días.

—Y ¿de dónde sacas el dinero?

—Mi padre lo deja en el azucarero, bueno, antes era el azucarero.

—Pues ahora te vamos a llevar a un sitio en el que te lo dan todo hecho.

—No quiero ir a la cárcel. Es mi padre el que está loco.

—No, no, cielo... —dijo la señora, muy amable, riéndose—. Nada de cárceles. Es un piso, con otros chicos y con un tutor.

—Ni borracho, señora.

Esa misma noche se lo presentaron a cuatro indiferentes compañeros de piso y al monitor, que se llama Àlex. ¿De acuerdo?

Le tocó una habitación con dos camas. La otra la ocupaba uno de los nuevos compañeros indiferentes llamado Simó, que, por lo visto, se pasaba el día leyendo y tardó una buena hora en darse cuenta de que le habían endosado al nuevo.

—¡Hola! —le dijo Ismael por tercera vez.

Entonces Simó apartó los ojos del libro y lo miró en silencio un rato muy largo. Y, después del exhaustivo examen, puso un marcapáginas en el libro, lo cerró y respondió hola.

Al día siguiente Simó le contó que sus padres estaban en la cárcel por falsas acusaciones. Y ¿a ti qué te ha pasado?

—Mi madre murió. Se murió de frío. Hace tiempo.

—Ostras. Y ¿tu padre?

Cuando ya llevaban unos cuantos días que, al volver del colegio, merendaban y fingían hacer los deberes, Ismael preguntó a Simó por qué lees tanto.

—Me gusta.

—Es un ejemplo que podríais imitar todos, ¿no os parece? —intervino el monitor mientras descargaba las bolsas de la compra para la mitad de la semana.

—Qué rollo —dijo un rubio casi albino.

En el piso se rumoreaba que lo habían pillado jugando partidas clandestinas de póquer. La verdad era que ninguno de los que vivían allí sabía por qué motivo en concreto estaban los demás en casa de Àlex. Todos respondían con evasivas y no hacían preguntas porque sabían lo desagradable que era tener que contestarlas.

Quince días después Ismael ya había leído un libro que le había dejado Simó y, como si de un rito iniciático se tratara, se dejó llevar por el propio Simó y por Àlex a la biblioteca del barrio. Simó le

puso en las manos un librote grueso, abierto por la primera página, y señaló arriba del todo con el dedo:

—Aquí empieza la novela. Lee en voz alta.

—Llamadme Ismael —leyó Ismael.

Y, asustado, dejó de leer. Àlex disimuló una sonrisa de satisfacción y Simó preguntó si podían llevarse el libro.

¿Por qué fausto motivo Ismael habría ido a parar a ese piso en el que las discusiones eran mínimas y de donde todos deseaban irse, pero sin prisa alguna, porque la vida con los residuos familiares, si es que les quedaba alguno, era una opción casi suicida? Por azar.

Es cierto que Ismael leyó la primera página de la novela unas treinta veces. Pero no fue capaz, ni mucho menos, de leerla entera, porque no te parecen un rollazo tantas cosas raras de los barcos de vela y con el mar por todas partes y...

—Déjalo. No tienes obligación de terminar ningún libro, solo los que lo merezcan.

—¿Eso significa que Moby Dick es un libro malo?

—No. Significa que todavía no estás preparado para...

—Y ¿quién leches eres tú para decirme que no estoy preparado?

—De acuerdo, de acuerdo. Allá tú.

Y se concentró en el libro que estaba leyendo, que no era tan gordo como el de Ismael. Ismael tardó unos días en bajarse del burro y pedir permiso a Àlex para ir a la biblioteca a cambiar el libro por otro que no sea tan gordo, señorita. Y aprendió que era muy difícil discutir con Simó; todavía no entendía por qué ese chico tan equilibrado vivía en un piso de chicos descarriados. Bueno, sabía que sus padres estaban en la cárcel por falsas acusaciones.

—Simó —le dijo una tarde lluviosa de primavera.

—¿Hummm? —respondió, sin levantar la vista del libro.

—¿Cuáles son las falsas acusaciones?

—¿Qué dices?

—Sí, hombre. ¿Por qué tus padres...?

Simó cerró el libro sin poner el marcapáginas, se levantó y le sacudió un puñetazo en la nariz que le provocó una hemorragia durante un par de horas, a pesar del algodón y el agua oxigenada. Ismael aprendió, de un golpe seco, la importancia capital que tiene el silencio en esta vida. Ni la víctima, ni el agresor, ni Àlex ni los demás compañeros de piso consideraron que fuera necesario comunicar el incidente a las autoridades de protección de la infancia, porque Ismael se lo había ganado, por burro. Y además, con tanto vello

por todo el cuerpo, de niño apenas le quedaba nada.

Cuando terminó el bachillerato se enteró de que el piso de Àlex era una cosa excepcional. Que la suerte que había tenido en la vida no era lo que pudiera pasarle en la universidad, sino haber ido a parar a un piso que se regía por unas reglas diferentes. Lo despidieron sus compañeros, aunque no quedaba ninguno de los que había cinco años antes, porque el tiempo pasa para todo el mundo, menos para Àlex, que todavía no tenía ni una cana. Antes de empezar el curso fue a ver a su padre.

—No, prefiero ir solo.

—Si quieres puedo...

—No, Àlex. Recuerda el sermón que nos has soltado hace unas horas cuando anunciaste a los demás que me iba y tal, que es lo mismo que nos dijiste cuando se fue Simó...

—Oye, no empieces a criticarme...

Se dieron un abrazo a la entrada del sanatorio en el que estaba recluido el padre de Ismael, sabiendo que probablemente no volverían a verse nunca más. Y, sin mirar atrás para decir adiós a Àlex, entró en la institución en la que su padre había aprendido a copiar partituras con la mano izquierda.

¿Qué te parece, muchacho?, le dijo su padre como si acabaran de verse el día anterior. Y le enseñó

unos garabatos ilegibles que se salían del pentagrama y alrededores con mucho garbo. Ismael vio la cara de orgullo y satisfacción del hombre. Llevaba preparado un discurso para decirle maldito padre mío, estás como un cencerro, esta es la última vez que vengo a verte; las tres anteriores vine porque me obligaron mis tutores. Ahora comprendo que me podías haber convertido en un desgraciado. Por suerte, no soy más que un pobre hombre que quiere recobrase de los golpes que me has infligido, aunque a lo mejor no sabes qué quiere decir infligir. He encontrado a buenas personas que me han hecho de padre; tú quisiste rociarme con gasolina, y, bueno, eso aún. Pero lo que no te voy a perdonar en la vida es que me culparas de la muerte de mi madre. He pasado noches enteras preguntándome por qué me tratabas así. Porque a mi madre sí que la he echado mucho de menos. Todavía la echo de menos ahora, que soy mayor. En resumen, que me libero de tus ataduras, ahí te quedas. Ya me avisarán cuando te mueras. Por cierto, no he estudiado clarinete, ni flauta ni mandangas de esas. Voy a estudiar en la Facultad de Letras: latín y germánicas, que ni siquiera sabes lo que quiere decir. En resumen, que te den. Y he encontrado trabajo en un colegio. Pagan poco, pero lo suficiente para no morirme de hambre.

Sin embargo, en vez de largarle el sermón, se quedó en silencio, cogió la hoja que le tendía su

padre y la miró con falso interés como si semejantes garabatos pudieran leerse.

—Buen trabajo, padre.

Al menos, fue fiel a su propósito: no volvió a verlo hasta que lo avisaron de su defunción. No asistió nadie, excepto él, a la especie de ceremonia que le organizaron. Ni falta que hacía. Ahora empezaba su vida sin depender de nadie.

Y la empezó con un sueldo escaso pero seguro, que se ganaba dando clases de latín y de literatura en una academia en la que mantenían un estricto control de calidad de las enseñanzas que impartían los profesores baratos como él, porque todavía no habían terminado los estudios. Lo que querían decir con calidad de las clases era todo un misterio. Comprobó que si obligaba a los alumnos a aprender de memoria lo que decía el libro de texto, todo iba como la seda. Pero el día que llevó un poema de Carner y lo escribió en la pizarra recibió un aviso de la directora convocándolo a su temible despacho; esta le dijo pero usted qué se ha creído, mirándolo a la boca en vez de a los ojos.

—¿Cómo dice?

Silencio ofendido de la directora. Y él quiso saber y preguntó qué me he creído de qué.

—Distrae usted a los alumnos con tonterías.

—¿Qué tonterías?

—Escribir poemas en la pizarra, como los enamorados.

—Era una clase de literatura.

—Literatura española. La literatura catalana está prohibida.

—¿Se puede prohibir una literatura?

—No se haga el gracioso.

—Era un soneto magnífico. Entonces, ¿qué quiere que enseñe?

—Nombres de autores —y dio un manotazo en la mesa—, sus obras principales, nombres de corrientes estéticas y, lo más importante, nada de política ni de meterse en berenjenales. ¿Quiere que nos denuncien?

Ismael se levantó de repente. Se quedó de pie unos segundos sin saber qué hacer. La directora lo miró, desafiante. Y él, sin atreverse a mirarla a los ojos, dijo yo enseño a leer.

—Falso. Los alumnos ya saben leer.

—Dios mío.

—No blasfeme.

—No blasfemo.

—¡Falso! *No tomarás el nombre de Dios en vano.**

—Dios mío...

—Fuera.

* En castellano en el original. (*N. de la t.*)

—¿Cómo?

—Fuera. Está despedido. Fuera.

—Pero si lo único... Y ¿las clases de latín? No hay nadie más que...

—¡Despedido! ¡Largo! ¡Váyase!

Y sí: fuera era la hora del recreo, se oían los gritos salvajes de los chicos y, por unos momentos, no pensó en su situación, sino en la de los pobres chicos en manos de esa bruja. Dio un puñetazo en la pared y se hizo un daño del demonio.

Recogió las pocas cosas que tenía en un armario del pasillo del segundo piso y se fue sin atreverse siquiera a preguntar si iba a cobrar ese mes. Y por culpa de Carner se quedó sin trabajo, como se había quedado sin padre en otro momento y sin madre mucho antes.

Cuando se metió en la cama y la noche expandió las tinieblas, el dolor creció, tal como había profetizado Ausiàs March. Y no pudo hacer nada más que dejarse morder por la humillación y el pánico de pensar y ahora qué hago yo. Veía a un palmo de la cara los odiosos ojos de la directora y la sonrisa de mofeta del profe de mates, que fue el que se chivó al encontrar el poema de Carner en la pizarra, la que iba a llenar él de ecuaciones de primer grado que no ofenden a nadie y que ningún poder prohíbe. ¿O la acusona fue la de geografía?

Y dando vueltas obsesivamente a estos pensamientos se le hizo imposible reconciliarse con la vida. Lo aprovechó un par de años para ir a clases de alemán y de sueco. Se enamoró de la profesora de sueco pero tuvo que olvidarla cuando, a la salida de clase, la pilló de la mano de un tío desagradable. Ese desengaño coincidió con el momento en que comprendió que si no buscaba otro trabajo, podría tener dificultades. No le costó mucho encontrar uno, enseguida empezó a dar clases particulares a alumnos un poco zoquetes, y a veces pensaba que el único consuelo en esta vida era la lectura. Y pasaron los años sin hacer ruido. No dejó de leer a poetas actuales y medievales, aunque en las clases particulares tuviera que dedicarse a explicar la apasionante estructura de los sonetos o de las décimas. O la inexplicable osadía del estrambote. Y más solo que la una, volvía a casa, leía, dormía mal y veía cómo el tiempo se deslizaba sin esfuerzo. El país se transformaba y la gente también; pero él seguía siendo un lobo solitario. Y quiso la fortuna que lo aceptaran, fina ironía, en el Instituto Josep Carner. Muchas noches mal dormidas después, echó de menos dos botones de una camisa.

Cuando entró en la mercería para comprar botones, hilo de coser y agujas confesó a la dependiente que nunca había tenido que coserse

un botón y que no sabía ni por dónde empezar.

—Necesitas un dedal.

—¿Seguro?

—Sí, si no quieres pincharte el dedo.

—Pues póngame un dedal también.

—A ver, que te lo pruebo.

Fue la primera vez que Leo le cogió la mano; le probó el dedal y dijo no, un poco más grande, y se puso a revolver en una cajita sin soltársela; luego le probó otro dedal y, satisfecha, dijo sí, este sí, es de tu medida. ¿Ves? Y a él le pareció que ponerle el dedal era un gesto de intimidad que nunca se habría podido imaginar. Y aquellas manos, gastadas por los años de revolver entre cintas e hilos, pero finas, tranquilas, invitaban al descanso. Si se las pudiera besar, pensó. Y, en vez de preguntarle si podía besarle la mano, dijo ¿tiene que ser en este dedo?

—Sí, claro. ¿No has dicho que eras zurdo?

—No, no he dicho nada. —Silencio. No incómodo, pero silencio al fin—. ¿Cómo lo sabe?

—Tú y yo nos conocemos.

—¿Usted y yo?

—De hace muchos años. En la calle Alí Bey. Te llamas Ismael.

—¿Y usted?

—No seas ridículo.

—¿Por qué?

—No me trates de usted. Jugábamos juntos en el rellano de la escalera.

Fue un golpe muy fuerte, como si la fuerza del viento hubiera impelido brutalmente el agua contra un muro de contención y lo hubiera derrumbado.

—Leo... —dijo Ismael.

—Sí.

—Hará treinta o cuarenta años...

—No, unos veinte nada más. Y estaba más delgada.

—¿Cómo puedes acordarte? Si no me lo llegas a decir, yo...

—Te veo pasar a menudo por aquí. Cuando hay poco trabajo me gusta observar la calle. Me invento historias.

—A mí también me gusta. Y sueño que... bueno, da igual.

—Cuenta, cuenta.

—No. Tonterías.

—Vives por aquí cerca, ¿no?

Unos segundos de silencio para asimilar el reencuentro, hasta que lo rompió Ismael.

—Leo... ¡qué bueno! —Y después de una pausa—: ¿Tienes hijos?

—Mira, fíjate —dijo Leo.

Y le cogió la mano izquierda, con el dedal coro-

nando un dedo, y le dijo ¿ves? Así. ¿Lo entiendes?
Empujas la aguja y...

—¡Ah, vaya! ¡Ahora entiendo para qué sirve el
dedal! Creía que era un capricho... ¿Tienes hijos?
¿Tienes nietos?

Se miraron a los ojos y ninguno sonrió.

—No, no tengo hijos ni nietos. ¿Y tú?

—Me habría gustado mucho, pero...

—Pero ¿qué?

—No sé qué decirte...

—Pues va a ser un problema.

—¿Sí? —Asustado.

—Sí. No tengo botones del mismo color. De la
misma medida sí.

—Da igual.

—Normalmente los botones son de color bo-
tón. En cambio tú...

—No sé ni cuándo la compré.

—Está viejita. Hay que comprar camisas nue-
vas de vez en cuando.

—Me da una pereza...

—¿Vives solo?

—Sí, ¿y tú?

—Seguro que encontramos el color exacto.

—Abrió una cajita—. Mira, son prácticamente
tan azules como la camisa. ¿No te parece?

—Sí. Pero el color me da igual.

—Déjate aconsejar.

—Leo —los interrumpió la dueña, que salió mágicamente de detrás de una cortina—, hay que llevar los delantales a Patricia.

—Sí, ahora, en cuanto termine con este señor.

Ismael se fue con un dedal, unas agujas de coser y unos alfileres. E hilos de tres colores. Y con la cabeza llena de recuerdos. Y no se acordó de insistir en la pregunta de si vives sola o no.

Y un par de días después le hicieron falta unas tijeras porque no sabía partir el hilo con los dientes, quién lo diría, con lo fácil que me parecía a mí. Y, como no había clientes en la mercería, pudo examinar detenidamente los cinco modelos de tijeras que tenían y ella le aconsejó que se quedara con estas, ¿ves?

—No me caben bien los dedos.

—Es que los tienes muy grandes —dijo ella, y puso la mano abierta sobre la mano abierta de Ismael.

Y él dijo vaya... y ella lo tranquilizó explicándole que las hacían para dedos femeninos y ya sabes... ¿no?

—Sí, claro.

Y un silencio que ninguno de los dos se atrevió a romper. Hasta que ella, riéndose con despreocupación, le dijo, como quien no quiere la cosa, me gustaría ver qué tal te desenvuelves en casa tú solo.

Y de pronto, sería: bueno, ya me entiendes, no es que... ¿eh? Y quedaron para el día siguiente después de comer, es que los sábados cerramos por la tarde, en este barrio cierran todas las tiendas porque todo el mundo se va al centro.

—¿Ah, sí?

—Bueno, si voy a echar un vistazo a lo mejor puedo ayudarte con...

—De acuerdo.

Y, aunque tenía otras ideas en la cabeza, Ismael volvió rápidamente a casa, estrenó la escoba que había comprado hacía unos años, cuando se fue a vivir a ese piso, y después pasó el trapo, que también era nuevo, y al final lo roció todo con un ambientador empalagoso y se puso a pensar si en las casas normales también había que limpiar los cristales. Y tenía que comprar urgentemente papel higiénico. Y lo peor de todo, la mesa del comedor, porque allí leía y escribía algo. Siempre comía en la cocina. Pero ahora le daba reparo confesar que desayunaba solo, comía solo y cenaba solo. Y dormía solo.

—Tienes un piso encantador —declaró Leo a los treinta segundos de entrar—. Pero ¿qué hacen esos libros en el suelo? —Y tres pasos más allá—: ¿No tienes nevera? ¿No? —Y cuando llegaron al come-

dor concluyó que no quedarían nada mal unas flores—: En esta ventana. ¿Tiene una vista bonita?

—Da al patio de luces.

—Ah.

Y abrió el bolso, que todavía no había soltado, y sacó un ramillete de flores. Y lo puso delante de la ventana para ver qué tal quedaba y, sin volverse, dijo ¿tienes un vaso o un jarrón?

—Jarrón, no. —Y, refiriéndose a las flores—: ¿Son de plástico?

—¡No, hombre! ¡Qué van a ser de plástico!

—Lo digo porque son más prácticas. ¿Este bote sirve?

Ella miró, desolada, la lata de melocotón en almíbar que le ofreció Ismael, pero no hizo ningún comentario irónico.

Y así, suavemente, Leo empezó a adentrarse en la vida de Ismael, hasta que a este ya no le hizo falta ir a la mercería a comprar artículos de primera necesidad porque ella se quedaba a cenar todas las noches. Y los primeros cinco días no dijo nada, pero el sexto dijo oye, ¿siempre preparas sopa de sobre? ¿Siempre?

—Es que no se me da muy bien la cocina.

—No es que no se te dé bien, es que no tienes ni idea. ¡Por amor de Dios! ¿No te cansas de tanta Gallina Blanca?

—Bueno, a veces cambio de marca.

Y todas las noches después de cenar Ismael la acompañaba a casa, pero ella nunca lo invitó a subir.

Leo decidió ir a menudo a casa de Ismael para mejorar el nivel gastronómico de ese hombre, que le parecía inteligente pero un inútil total. Una contradicción interesante. Y entre los dos eligieron una nevera de segunda mano. Y un día comieron albóndigas con guisantes, y otro, pimientos morrones asados, aliñados con aceite, ajo muy picado y tiras de bacalao desalado. A Ismael le maravilló la cantidad de cosas insospechadas que podían probarse en la vida, porque, durante el reinado de su padre, había crecido a base de patatas cocidas, col y coliflor. Y los domingos, brócoli. Y la vida con Leo le proporcionó unos días muy inesperados; y ella le insistía en que no era saludable estar siempre leyendo.

—Bueno, también voy al trabajo.

—Un trabajo mal pagado.

—Pero mejor que nada.

—Ahí te doy la razón.

Sea como fuere, Leo era la mujer que le había enseñado a coserse los dos botones que le faltaban en la camisa. Y todas las noches después de cenar ella se disponía a recoger la mesa, pero él le decía

que no se molestara, que ya era tarde, y ella le daba un breve beso en la mejilla. E Ismael la acompañaba a casa, que estaba a diez minutos, e intentaba darle un beso en la puerta del portal, y a veces lo conseguía. Pero ella metía rápidamente la llave en la cerradura, entraba al tiempo que le daba las buenas noches y lo dejaba allí plantado. Hasta que una noche Ismael le dijo ¿por qué no me dejas subir a tu casa?

—Pues ya ves. Tengo que hacer obras —mintió— y está todo patas arriba.

—No quieres que te vean con... un hombre...

—No —respondió ella en voz baja—. O a lo mejor sí.

—¡Caramba, qué misterio!

—Buenas noches, Ismael.

Pero una noche Ismael no se conformó y dijo no puedes guardar secretos si quieres que...

—¿Que qué?

—No sé... que vivamos así... casi juntos...

—¿No estás a gusto?

—Me da igual que tu casa esté patas arriba. Y cuantos menos secretos haya entre nosotros, mejor, ¿no te parece?

—No se trata de secretos.

—¿Ah, no?

—No, Ismael. Se trata de mi pena.

—¿Cómo? No lo entiendo...

—De mi pena, sí.

—Pues cuéntamela.

Y la invitó a sentarse en un banco a la luz de una farola como si fuera la Laterne, que todavía no conocía. Se sentaron, dejaron pasar una moto ruidosa y, cuando volvió la calma, ella le dijo lo que me da más sensación de derrota a pesar de los años es ver a un niño con el miedo en los ojos diciéndole a la enfermera te quiero para que lo salve de lo que no quiere entender; o no puede; porque le es imposible aceptar que a lo mejor no vuelve a despertarse nunca más, no despertarme, mamá, me da miedo no despertarme.

—No pienses en esas cosas.

—Si no vuelvo a despertarme nunca más, ¿dónde estaré?

—Te despertarás.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo han dicho los médicos, que saben mucho.

—Se pueden equivocar.

—No. Además, te vas a despertar porque estaré esperándote.

—Si no me despierto, ¿estaré en el cielo?

Un segundo de vacilación que el niño captó enseguida. Contra todo en lo que creía le dijo sí, hijo mío, estarías en el cielo.

—No quiero ir al cielo, quiero estar aquí.

—Pero no... Oye, ¿sabes una cosa?

Miró el reloj que no llevaba porque les habían dicho que se lo quitaran todo para entrar en la antesala de las torturas y dijo dentro de una horita estarás despierto y espabilado. Y no te dolerá nada: de eso me ocupo yo.

—¿Una horita cuánto rato es?

—Lo que se tarda en ir a Tona y volver.

—Pero ahora no vais a ir, ¿verdad?

—No. Nos quedamos aquí.

—¿Por qué no ha venido papá?

—Porque no se encuentra bien. Te manda un beso muy grande.

—¿Se ha muerto?

—No digas tonterías.

—Es que una enfermera ha dicho no sé qué de...

—Ni puto caso.

—Pareces papá —replicó el niño, un poco más animado.

—Estamos en un hospital, así que las enfermeras hablan entre ellas de los enfermos y esas cosas; seguro que lo has entendido mal. Ni puto caso, ¿de acuerdo?

—Señora, tiene usted que...

—Sí, sí... —Y se inclinó sobre su hijo. Iba a darle un beso, pero, con la mascarilla, no pudo.

—Señora...

—Bueno, sé valiente, mi niño.